

Un español del 98 en Harvard

César PÉREZ GRACIA

Hace unos días leía una carta de Pedro Salinas que me ha hecho cavilar un poco. América le ha desilusionado. Desde su rincón de Nueva Inglaterra en 1937, escribe este duro diagnóstico sobre Estados Unidos: *Es un país soso espiritualmente, sin sabor, sin sal*. Y es fácil deducir el resto, un pueblo de una bondad insulsa, de una libertad insípida. Pero dejemos al poeta exiliado, que quizá tenía morriña reciente del país perdido y lo veía todo con retina gris. Cuando publicó la biografía que John McCormick dedicó a Santayana en 1987, el profesor Harry Levin escribió una hermosa reseña, en la que subraya un hecho, al parecer bastante insólito, *never relinquised his Spanish citizenship*. Nunca renunció a su ciudadanía española.

En *Diálogos en el limbo*, una edición de Losada realizada por Raimundo Lida en 1960, advierto que todavía en 1883, Santayana regresa a su Madrid natal para considerar, asesorado por su padre, qué rumbo iba a tomar. Si volver a integrarse en Madrid –tanto su familia paterna, como materna, habían sido funcionarios en Filipinas– o volver al puritano Boston y probar fortuna académica en Harvard. Basta para mi propósito, reflexionar por un momento, en esa posibilidad que estuvo en la balanza madrileña de 1883. Es la década de *La Regenta* y de *Fortunata y Jacinta*. Pero no me disgusta ver a Santayana, si hubiese echado amarras en el Manzanares, compitiendo hacia 1895 con el senecto embajador Valera de *Morsamor* o con el novedoso Unamuno de *Paz en la guerra*.

Y de este modo, tan poco ortodoxo, nos encontramos de bruces con una pequeña sorpresa. Resulta que Santayana (1863-1952) pertenece a la misma generación que Unamuno (1864-1936).

Pero vamos a ir por partes. Santayana pertenece al Harvard de William James y de Bernard Berenson (1865-1959). En el caso de Berenson y Santayana se da un curioso viaje de ida y vuelta a Europa. Ambos nacieron en el viejo continente, estudiaron en Harvard y se pasaron la vida volviendo a Europa, hipnotizados por la esfinge de Italia. Quizá sería más correcto escribir, la esfinge de Roma, y su suburbio pictórico, Florencia.

En su novela *The Last Puritan*, 1935, que acaba de reeditar en 1995, Irving Singer en el MIT, Santayana ensaya un híbrido de novela y libro de memorias, una memoria en forma de novela, subtítula en autor. Se trata de un texto de 572 páginas en la edición del MIT, dividido en cinco partes y un epílogo: Ancestry, Boyhood, First Pilgrimage, In the Home Orbit, Last pilgrimage, Epilogue. Así al primer vistazo, este programa narrativo vuelve a jugar con el eclecticismo. Se me antoja una mezcla de Gracián y Goethe, con dos ingredientes que no sé todavía cómo interpretar. Ancestry es un término clásico para designar la familia de la que uno proviene. Lo ancestral como genealogía tribal. Tal vez haciendo hincapié más en lo colectivo que en lo puramente individual. Y esta misma idea de raigambre como solera de lo personal, se advierte en *In the Home Orbit*, en el resplandor del hogar, en el refugio o ámbito de la casa familiar, en la órbita ancestral reducida a su eje desnudo. Pero este tipo de análisis resulta demasiado soso y abstracto. Cuando uno lee a Santayana percibe al primer golpe de párrafo, de página, que se trata de un polemista dotado de una rara concisión. Una extraña mezcla de aforista brillante, ingertado en un narrador caudaloso. De momento, no sé explicarlo mejor. Si quieren otra fórmula más aventurada, ahí va: Un sofista bostoniano, un Marcial adiestrado en la dialéctica de Platón. Pero me temo que ya he sobrepasado la paciencia supuestamente ilustrada del lector de Mar Océana.

Para no diluir más el contenido de este artículo, iremos atando cabos. El resultado final ya se verá. Salinas afirmaba que los Estados Unidos de 1937 eran: un país soso espiritualmente, sin sabor, sin sal. Lo que podía oler a antipatía visceral del desterrado con humor de perros, resulta que no anda descaminado. Santayana escribe dos años antes en su puritana novela (página 186): our optimism is a lie, nuestro optimismo es un camelo, una mentira. Resulta una página contundente a este respecto. El personaje que habla es un cascarrabias ilustrado, una especie de Kane borgiano.

Harry Levin, con su proverbial *academian wit*, nos ayuda a calibrar la bruna enigmática que rodea a Santayana. Nos dice –en la reseña ya mencionada– que: Santayana was fully conscious of his paradoxical position as a Platonic materialist. Y más adelante, al aludir al método filosófico del hispano-inglés, nos obsequia con esta perla de Harvard: highly eclectic system. Ah, mon Dieu, qué elegancia puede adquirir el eufemismo cordial y sus sabrosas ironías latentes. Pero, para qué vamos a engañarnos, la psicología no es una ciencia exacta. El profesor Levin demuestra conocer bien su obra, y además de esbozar un retrato intelectual con dos pinceladas certeras –un platónico heterodoxo, mezclado con un ecléctico de manga ancha– nos regala este precioso aforismo santayanesco: language is more real than its meaning. Las palabras rebosan realidad, pero su significado –digan lo que digan los diccionarios– es menos real de lo que nos gustaría. En español gozamos de una expresión muy sabia, que desprende nihilismo cómico por todos sus poros. Como quien oye llover. Palabras reducidas a una sonoridad inocua, idénticas al tipo de palabras que el zumbón Falstaff adivinaba cínicamente como burbujas de aire, insignificancia, garabatos de humo. Este

flujo y fluctuación extrema entre ser todo y no ser nada, es el misterio supremo del lenguaje.

Puro vaivén que no es sino el quehacer incesante de toda vida.

The Last Puritan es una novela de aprendizaje en la que Santayana expone su personal ajuste de cuentas con Goethe. Confieso que su prosa me desconcierta no poco. Por su radiante sencillez puede lindar con la de Hemingway, pero al tratarse de una novela intelectual en grado sumo –una novela de Harvard por sus cuatro costados– sus diálogos filosóficos más feroces nos hacen pensar en el Wilder de *The Cabala* y en los ririrrafes hamletianos de *Dedalus en Ulysses*, de Joyce. Otro cantar sería su composición, su trama, su plot.

Goethe ha fascinado a Thomas Mann que le dedicó su novela *Lotte en Weimar*. Ortega le dedicó más de un ensayo. En la novela de Santayana tiene una doble presencia. Como centro de una polémica fogosa, donde en la página 190, se le considera como un guía diabólico para el alma. Y se redondea la situación así. Oliver Alden, el protagonista de *The Last Puritan*, es el espejo de su aya germana Irma, una sacerdotisa del culto a Goethe. ¿Qué quiere decir todo esto? Emerson es el primer americano colonizado por Goethe. En la novela se nos muestra un profesor siniestro cuyo deporte favorito era pulverizar o envilecer a los grandes hombres. Según ese ogro crítico, Emerson suministraba una suerte de Goethe congelado, una filosofía gélida. Cuando el autor incluye las cartas del aya alemana, nos damos cuenta de quién es el Goethe que le encandila a Santayana. Se trata de una mezcla de sensualismo filipino y máximas dionisíacas. Un menú lujurioso de burdel chino y una versión estupefaciente de Fausto: give me Chaos! (página 114) En lugar de luz, más luz. Dame caos, más caos.

Si el lector tiene uno o dos minutos de paciencia libre, estoy dispuesto a estrujar mis neuronas y saber qué Goethe es este curioso Goethe de Santayana, es decir, Oliver Alden.

Sólo se trata de una tímida sospecha, pero me barrunto que la familia de Santayana pertenecía a un género poco común, españoles de Filipinas. Es posible que nuestro autor encontrase en Goethe una especie de abogado del diablo de esa curiosa tradición de un hipotético mandarín hispanico, por decirlo de algún modo. Una mera conjetura.

La mocedad o boyhood de Oliver Alden se completa con su breve travesía en el velero paterno *Black Swan*, desde Cape Cod hasta Salem. A bordo, conoce a Jim Darley, alias Lord Jim, según la broma conradiana del patrón Peter Alden. Esa travesía le permite un primer contacto con el mundo adulto. El mundo del agua es espacio propicio para la libertad. La antítesis del puritano mundo de Boston. Hay reflexiones sobre

la desnudez y los narcóticos que son una invitación a costumbres más relajadas y liberales. Un caos controlado. El relato de Jim y la experiencia de Peter como homicida involuntario, nos muestran un tipo de amistad marinera que se cifra en éticas afines o paralelas. Una percepción noble de la dignidad humana o de la justicia.

La visita al monasterio de Cousin Caleb, otro Alden, pone en contacto a Oliver con una suerte de enciclopedismo de harvard que tiene una mezcla de rasgos chocantes. No sabe uno si Santayana pinta un monstruo de Dickens o un alter ego visionario del propio autor. Por último, un rasgo del carácter latente español de Santayana. La discusión sobre Goethe es clave. Dos formas de entender al autor de Werther y Fausto. Por último, un rasgo del carácter latente español de Santayana. La historia de la religión americana de Cousin Caleb se llamará *Mañana*, un título adverbial en español.

Santayana hace un pequeño ejercicio de crítica literaria sobre la literatura norteamericana del XIX: Emerson, Thoreau, Melville, Whitman, van desfilando como autores cercanos a Oliver. Pero Goethe es el oráculo máximo. Donde los libros son puestos también en solfa, como mirrors, things of second hand. Meros espejos de cosas de segunda mano. Recordemos al witty profesor Levin, materialismo platónico del paradójico don Jorge.

Finaliza la adolescencia y la novela discurre hacia el Primer peregrinaje por tierras de Europa. Londres, Oxford, París.

Iffley Church es un suburbio de Oxford que cuenta con una robusta iglesia románica. Al llegar a la fea estación de Oxford, Jim y Oliver toman un tranvía en Carfax y se dirigen hasta Iffley Turn, para desde allí darse una caminata hasta la Vicaría. El sermón que les acoge a su llegada es una suerte de teoría de los ángeles. All things are angels. Todas las cosas son ángeles. La verdad o la muerte tienen su ángel especial. Su duende diríamos aquí. La edición del MIT se abre con una fotografía de Iffley Church, contrapuesta a una de Beacon Hill en Boston. Una iglesia románica a orillas del Támesis, vista por un fotógrafo victoriano que admirase a Constable.

El Vicario no es otra persona que el padre de Jim Darnley. Sus charlas con Oliver están llenas de un tono alegre, de una teología muy personal. Si el lector conoce la heterodoxa teología de Unamuno sabrá a qué me refiero. San Manuel Bueno, mártir. He ahí un punto de conexión clara entre Santayana y Unamuno, su vocación de Luteros rezagados del siglo XX.

Ser un hombre *espermático* es un gran privilegio, pero es un privilegio trágico. Las notas de Singer a esta edición no nos dicen la fuente de ese término griego, El Vicario Darnley identifica lo espermático con lo espiritual. He ahí una prueba de esa heterodoxia que apuntaba antes. No sé si Santayana cita correctamente a Platón o si nos toma

el pelo a través de ese flemático pastor de almas. La cuestión es que Mr. Darnley atribuye a Oliver ese curioso atributo espiritual. Una vez más, otra esquirra de materialismo platónico.

¿Especula el autor con una forma de misticismo testicular? Ese término equívoco entre lo literario y textual, y lo escrotal o testicular, es un invento surrealista de Apollinaire. Un lacanismo avant la lettre.

La familia Darnley, vinculada a Oxford, –Jim, el Vicario, Rose– integran la orientación inglesa del aprendizaje de Oliver Alden.

La aparición de Mario Van de Weyer representa un nuevo arquetipo americano, el estudiante de Harvard como superación del viejo modelo puritano. Pero no conviene simplificar las cosas. Jim y Mario son dos propuestas de vitalidad libre. Cousin Caleb y el Vicario Darnley son dos propuestas de erudición autocrítica. Oxford y Harvard como espacios culturales complementarios. Una dialéctica fecunda de la inteligencia anglosajona.

Después de pasar por Eton, Oliver llegará a Harvard. Divinity Hall, que acogió a Emerson, recibe al joven Alden. El mundo que nos describe la novela es el previo a la Primera Guerra Mundial. Casi como una *Montaña mágica* de Santayana. La novela de Mann es de 1925. En 1929 Hemingway publica *Adios a las armas*. Otra novela, posterior a *The Last Puritan*, 1935, es la famosa *Moirra*, 1950, de Julien Green, que también trata el puritanismo americano. Pero a medida que vamos avanzando en la lectura de la novela, vamos desvelando pequeñas pistas. Un verso de King Lear –Child Roland to the dark tower came– que suscitó un poema de Browning. Pero en la página 402, leemos otra alusión: The part of Cambridge where the boathouse stood was then half waste land and half slum. Por supuesto, este Cambridge es el barrio bostoniano en la que se asienta la universidad de Harvard. Lllaman la atención dos cosas en esa frase de aspecto trivial. El famoso poema de Browning *Sordello* es la clave: In Mantua territory half is slough, Half pine-tree forest...

Santayana hace un pequeño *tour de force* lírico-irónico con ese primer verso de Browning y su Mantua pantanosa se convierte en landa devastada de Eliot –que fue alumno suyo en Harvard– para terminar con una coda paródica donde half is slough se transforma en half slum, pantano urbanístico, arrabal, hez social. Como si el autor se regodease en confrontar la lírica preciosista con el realismo más crudo y vulgar. Se trata de una minucia que vale como detalle de la microerudición de la novela. La gran erudición reside en las lecturas críticas de Platón o Goethe. Los debates entre amor y deseo, si los clásicos son perpetual liars that deceive us never, eternos mentirosos que nunca engañan. Para Santayana ser clásico es ser paradójico, vivir sobre una frontera a dos aguas, a dos luces, a dos mundos.

In the Home Orbit, el capítulo IV de la novela, se inicia con la llegada de Mario camino de Harvard. El extraño americano que nunca había estado en América, tal como lo define y presenta por medio de una paradoja zumbona el autor.

La novela juega con la eterna lid de las páginas de Henry James, los disolutos europeos y los timoratos americanos. Por cierto, se nos cita a su hermano Williams James, pero no al novelista, al que podríamos llamar *The First Puritan*.

En lo que respecta al contenido más intelectual y erudito de la novela, el debate sobre Platón o Goethe, conceptos e ideas confusas acerca de sus vidas y sus opiniones, las páginas más arduas nos recuerdan los rifirrafes dialécticos de Dedalus en la biblioteca de Dublín o las disquisiciones bizantinas de Hans Castorp en su sanatorio de los Alpes suizos. Un mundo afín a Joyce y Thomas Mann.

Oliver Alden es un pequeño Fausto –¿hay que vender el alma a cambio del reino de este mundo?– que discute sobre Hamlet, el Fausto danés que manda a Ofelia a un convento y la libera de su infierno mundano, el riesgo probabilísimos de ser madre de un nuevo hatajo de canallas. Bueno, este es el tono pendenciero de los diálogos librescos de la novela. El tipo de indagación literaria que encandilaba a Santayana y sus alter egos, Oliver, Jim, Mario.

Sin olvidar, claro, que los clásicos son materia versátil, por decirlo con elegancia. De hecho, su fascinación reside en su enorme ambigüedad, lo que los convierte en campo predilecto de todo tipo de manejos tendenciosos. Los puritanos los usan dogmáticamente y los libertinos los usan disolutamente. Desquiciadores de los extremos, pocas son las mentes capaces de aguantar el tirón y permanecer en un punto intermedio, que acaso coincida con la presunta racionalidad del conocimiento humano.

Un piedra de toque de tales extravagancias puede ser el uso abusivo del autor o de esta novela como una suerte de test homosexual. Si los biógrafos no mienten, el erotismo viril del autor fue blanco. Pero una vez más, aquí damos con el muro real del enigma humano. Nadie puede conocer enteramente a otro ser humano. Especular y conjeturar en torno a brumosas cuestiones resulta grotesco, cómico, o sencillamente inaceptable. Hay quien todavía cree en la libertad humana y hay quien considera que, excepto él, el resto del mundo es un rebaño de fieras o borregos. Es conveniente no sembrar más dudas de las que ya agobian en demasía al pobre corazón del hombre.

Cuando Wallace Stevens escribe su poema-homenaje a Santayana, en torno a 1950, cuyo encabezamiento reza así, *To an Old Philosopher in Rome*, nos percatamos del hondo influjo que el autor de *The Last Puritan* ejercía sobre el siglo XX norteamericano. De Eliot a Stevens su extraño magisterio resulta ineludible. Stevens nos pinta una estampa de interior holandés con esa precisión radiante de las pupilas ralentizadas.

que parecen convocar una feliz síntesis del mundo. Acaso la virtud de la mejor lírica consista en ese milagro. Reducir el mundo a un grano de arena, el nirvana gótico de Blake. Un interior de celda cartuja como pintado por Van Gogh o Cezanne. In a confusión on bed and books, a portent. Y poco después, como en un Georges de La Tour, *Fire is the symbol: the celestial possible, Speak to your pillow as if it was yourself*. Y añade luego, viviendo en dos mundos, como queriendo apurar un afán de grandeza en lo más miserable. La sangre es más sabia que el más sabio discurso de Roma. *The naked majesty. Its Domes are the architecture of your bed*. Una sed infinita de grandeza plena. Un misterio. *Chosen by an inquisitor of structures for himself*. Advierto que estoy cometiendo un delito de lectura, si se me permite llamarlo así. Stevens hace un viaje de ida y vuelta desde los objetos cotidianos de Santayana, desde su humilde habitación conventual, hacia la arquitectura sin parangón de Roma, convertida en un espejo de la suma felicidad creativa del hombre, una suerte de teatro máximo universal, que se miniaturiza y hace humano en la celda del pensador madrileño de Harvard. *The book and candle in your ambered room*. Helen Wendler, en su libro sobre Stevens, *On extended Wings*, diagnostica el estilo del poeta como *erratic gothic harmonies of the words*. Kant, lector de Rousseau, distinguía entre belleza y razón de una prosa. Lamentablemente no siempre es un amor armónico, por decirlo con una gota de humor.

Permítaseme un inciso. Yo debo el conocimiento de todo este legado de Harvard al profesor Pérez Gállego, un zaragozano que es Fellow de Eliot House, en cuya Matthiessen Room ha residido numerosas veces en los últimos treinta años. Cuando paseamos y conversamos por las iglesias barrocas o las cafeterías racionalistas de nuestra ciudad, en la recepción de Heraldo de Aragón y sus vidrieras modernistas, en San Gil y su formidable Magdalena del escultor Ramírez, echar un vistazo a las vetustas orlas de la Farmacia Bosqued en el Paseo, visitar el claustro de San Carlos, donde han estudiado Gracián y Asín y Jarnés, descubrir el escudo de los Médicis en un retablo de San Miguel, hacer una excursión a los páramos aridísimos de Monegros, apenas a quince minutos del río Ebro y del centro de la ciudad, comentar las magistrales críticas de arte en ABC de nuestro admirado Julián Gállego, camuflado siempre en su insoportable modestia, he ahí un pequeño simulacro de ese afán romano que Stevens adivinaba en Santayana, traducido al pequeño mundo provinciano en que uno vive. *The book and the candle in your ambered room*. El libro y la vela en su ambarina celda.

Santayana mostraba un interés especial por sus tres poetas-filósofos: Lucrecio, Dante y Goethe. Podríamos definir al escritor clásico como un coleccionista de lectores excepcionales. Una lectura que siglo tras siglo mantiene su misterio textual. Una especie de fascinación indescribible, pero dotada de una holgura o libertad intelectual o estética tan admirable que no hay modo de evitar su raro imperio. Goethe tiene dos lectores antagonicos en Emerson y Santayana. *The near explains the far. The drop is a small ocean*. Nos dice Emerson y atribuye esa sabiduría a Goethe –el más moderno

de los modernos, lo llama— que no es sino el legado vivo del genio de los clásicos. Lo próximo resume lo remoto, la gota es un océano en miniatura.

Pero en última instancia, no sé si puede decirse de modo tan tajante o convendría dar con un tono más reposado, Santayana atribuye a Emerson —barebones, lo llama— una especie de lectura helada, como de eremita de Boston, una momia o esqueleto de Nueva Inglaterra. Sabemos que Henry James fue cicerone de Emerson en el Luvre y en el Vaticano. Leon Edel subraya el afecto que James sentía por la inocencia emersoniana y contrapone dos valores que pueden ayudarnos en nuestra lectura de Santayana. James estimaba al virtuoso y exquisito provinciano que había resistido como un tigre los múltiples sobornos de la vida. Ahí tenemos otra clave de nuestra modesta interpretación.

Un Goethe-Emerson que viene a ser un asceta de Walden, como su discípulo Thoreau, y que casi se identifica con el ser de la autenticidad americana, y un Goethe-Santayana que apuesta y experimenta con la propia vida. Como en el personaje de su aya germana, dame caos, dame más caos. Una intuición o idea más audaz y arriesgada del Goethe liberal de las Elegías romanas, el pagano razonable que sabe medir las horas y dar a cada cosa su tiempo sagrado. Tiempo de leer y de escribir, de trabajo intelectual duro, y tiempo de placer puramente físico, la gastronomía, el erotismo, el reposo del luchador.

Otro gran devoto de Goethe fue Ortega, y sabemos que Thornton Wilder fue traductor suyo durante el bicentenario celebrado en Aspen, Colorado, en el que también participó otro goethiano máximo, Curtius. Tuvo lugar en 1949, cuando Santayana estaba casi con un pie en el estribo, en su refugio de monjas irlandesas de Roma.

Steiner, en su valioso ensayo *La música de las ideas*, nos recuerda que leer es comparar, y también que leer es traducir. Goethe como traductor del italiano de Cellini, del francés de Diderot, del inglés de Carlyle. En su breve texto sobre Proust, Santayana admira la exquisita indagación del novelista parisino en la esfumada cartografía de la memoria. Y se hace una pregunta de aspecto inocuo: ¿Cuántos años podemos pasar a diario ante un monumento, hasta percibir el sentido exacto de sus proporciones y su composición? Si el lector conoce Roma puede hacerse la pregunta con una pieza tan hermética y perfectamente bella como el Panteón. Quizá Santayana pensaba en él y en ese método proustiano de acceso esporádico y aleatorio al corazón de la realidad. Mi maestro Julián Gállego, suele visitar y saludar como a un viejo amigo petrificado, el busto berniniano de Fonseca en la primitiva iglesia de San Lorenzo in Lucina, de Roma. Tal vez un día las obras maestras, hartas de su mutismo secular, susurran a sus mejores idólatras estéticos una migaja o gota de misterio. Una gota que deja intacto el fulgor del océano.

La novela termina en el verano de 1914 con el detonante de Sarajevo, que propició la caída del imperio vienés –descrito por Musil y Roth– y el nacimiento del imperio soviético, que tan brillantemente ha analizado François Furet en su reciente libro *El pasado de una ilusión*, 1995. Pero la historia política tiene apenas una importancia tangencial en la ficción de *The Last Puritan*. El poema de la página 535, *rifle now the rose*, sintetiza el colofón de la novela. Oliver en el París beligerante de 1914, con idéntica atmósfera que los tomos últimos de Proust. Mario herido y recuperado que vuelve al frente, y le presta su apartamento parisino, la visita de una baronesa cortesana, pero Oliver no es un ser libre.

El Támesis se desborda. Muere el Vicario, uno de los maestros de Oliver. Su hija Rose se niega a contraer matrimonio con Oliver. Pero Rose no quiere ser un espectro viviente del pasado. Su padre y su hermano Jim han muerto. No quiere ser un espejo de extrañas nostalgias varoniles. Hay un último atisbo de ironía santayanesca, que culmina el laberinto de la novela, como si Rose le dijese a Oliver, *cásate con Frau Goethe*, con su vieja aya, sacerdotisa fáustica.

Un accidente de coche provoca la muerte de Oliver y Mario será el encargado de leer su testamento a Rose. El Epílogo conecta con el Prólogo, un diálogo entre el autor-narrador y Mario el superviviente y único testigo de esa memoria-novelesca.

La novela es, sin la menor duda, un test sofisticado acerca del laberinto de significados inesperados de la palabra amor. O si se prefiere un ensayo comparatista *Hamlet-Werther*. Platón versus Goethe. La introducción de Irving Singer constata esa sutil polémica que recorre la obra entera.

Pero, una vez metidos en harina, para moderar estos excesos de ilustración pedante, siquiera sea con el uso de modismos más llanos o vulgares, quizá no estaría mal recordar la opinión de Sófocles, recogida en *La República* de Platón. Un curioso impertinente interroga al viejo dramaturgo, ¿todavía eres capaz de ir con mujeres?. La respuesta del autor de *Edipo* tiene miga: Por fortuna, muchacho, ya estoy libre de esas pejugueras, igual que un esclavo que pierde de vista a un amo de malas pulgas. Bueno, ahí tiene el paciente lector, otra cara más del poliedro platónico. Libertad frente a una especie de déspotas demenciales. Mocedades patológicas.

En su traducción de Schopenhauer –*Sobre la voluntad en la naturaleza*– Unamuno se regodea traduciendo la entrevista en 1814 entre Goethe y Schopenhauer. No olvidemos, una vez más, la última, que lo dos filósofos-novelistas, Santayana y Unamuno, eran devotos lectores de Schopenhauer. El meollo de la entrevista es la probidad o virtud cívica alemana. Goethe se burla de ella y Schopenhauer, al cabo de veinte años comprende esa última zumba acerca del servilismo hacia el poder, que Schopenhauer detesta, por ser la razón que condujo a Sócrates a la cicuta y a Bruno al quemadero, como

traduce Unamuno en vez de hoguera. Pero es hora de terminar. *The Last Puritan* es una hermosa forma de interrogarse ante el espejo callado de la propia intimidad, de ver pasar el brumoso desfile de sombras de Santayana que nos han acompañado luminosamente en los últimos días.